
Cursos universitarios y otras conferencias

Diversos temas, de sociología, ciencia política, historia, filosofía, comunicación, literatura y teatro, constituyeron el contenido de los «Cursos universitarios» de la Fundación Juan March en 1985. Estos cursos, que imparten profesores y especialistas en las más variadas materias, se desarrollan generalmente en cuatro conferencias cada uno, son de entrada libre y tienen como objetivo la formación permanente de postgraduados y estudiantes universitarios.

Un total de 46 conferencias abarcaron los once ciclos celebrados durante 1985, que

versaron sobre la aportación a la ciencia política de Alexis Tocqueville; la España de la transición; la obra de Cortázar; la dialéctica libertad/cultura; las teorías de Habermas y de Hermann Heller; la historia y situación actual de la Universidad española; la comunicación y la cultura; la historia económica de la España moderna y contemporánea; la figura y obra de Rosalía de Castro; y un repaso al teatro español contemporáneo.

De todos estos ciclos, que fueron seguidos por 10.488 personas, se ofrece más información en las páginas que siguen.

Balance de Cursos y conferencias en 1985

	Conferencias	Asistentes
Madrid	60	12.209
Cultural Albacete	29	4.988
Otras provincias	14	200
TOTALES	103	17.397

Luis Díez del Corral: Formación intelectual y actualidad de Tocqueville

Sobre la «Formación intelectual y actualidad de Tocqueville» (*), el pensador francés de la primera mitad del siglo XIX, impartió del 8 al 17 de enero un ciclo de conferencias Luis Díez del Corral, catedrático jubilado de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense y Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Especialista en la obra de Tocqueville, el profesor Díez del Corral abordó en estas cuatro conferencias, entre otros temas, la trayectoria de su fama, «que alcanzó de golpe a la edad de treinta años, con la aparición de su célebre libro *La democracia en América*, para caer después de su muerte progresivamente en el olvido, hasta renacer en la época de entreguerras en nuestro siglo»; la actualidad de su pensamiento, «profético del fenómeno de la sociedad de masas y del papel que mucho tiempo después iban a desempeñar las dos grandes potencias en la política mundial»; y su análisis de la aristocracia, la libertad y la democracia.

«Pocos pensadores políticos —señalaba Díez del Corral— han tenido una consagración tan temprana y tan varia fortuna en su fama como Alexis de Tocqueville. Cuando en 1835 apareció *La democracia en América*, las voces más autorizadas de Francia, Inglaterra y Estados Unidos se apresuraron a ponderar la valía intelectual del joven autor de treinta años. Y renovado fue el reconocimiento de sus méritos cuando Tocqueville publicó *El Antiguo Régimen y la Revolución* en 1856, poco antes de su muerte. Pero no hizo falta que pasaran muchos años para que la obra y el mismo nombre de Tocqueville se fuesen difuminando en el olvido. Los artículos y monografías sobre Tocqueville publicados durante medio siglo se cuentan con los dedos de una mano.»

«Es necesaria una ciencia política nueva en un mundo completamente nuevo, proclamaba solemnemente en la Introducción de *La democracia en América*. La resurrección de Tocqueville en nuestro siglo se produjo de golpe: trajo a los europeos, conmovidos por la nueva revolución de 1830, un insólito mensaje: “ex occidente lux”, y él mismo se consideró llamado a renovar la ciencia política.»

Para Díez del Corral, «la fruición intelectual que produce la lectura de Tocqueville no disminuye, sino que aumenta al frecuentarla, lo que no ocurre en el caso de otros pensadores políticos. Tocqueville es siempre nuevo y seductor. Pocos de sus congéneres resultan tan cautivadores. Es seguramente, junto a Carlos Marx, el pensador decimonono que mayor atención despierta entre los historiadores de las ideas políticas; un interés que, en última instancia, afecta a las preocupaciones más vivas del hombre de nuestros días.»

«Si ha habido en la historia de las ideas políticas algún pensador antidogmático ha sido Alexis de Tocqueville. Cuando, tras riguroso análisis, logra descubrir una relación estrecha entre una idea y un hecho o pergeñar un esquema interpretativo de cierto conjunto de fenómenos sociales, sigue adelante en su tarea, insatisfecho por el nivel alcanzado, para escudriñar más a fondo las problemáticas cuestiones que plantea la existencia social y política del hombre contemporáneo. Porque para Tocqueville, *connaître c'est chercher*.»

(*) Títulos de las conferencias: «Trayectoria de la fama de Tocqueville»; «Una “ciencia política nueva” y las tradiciones de Tocqueville»; «Principios sin dogmatismo en Tocqueville»; y «Aristocracia, libertad y democracia, según Tocqueville».



Luis Díez del Corral nació en Logroño en 1911. En 1936 ingresó en el Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado y en 1947 obtuvo la cátedra de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Universidad de Madrid. Es presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y doctor «honoris causa» por París IV (Sorbona).

Víctor Pérez Díaz: La España de la transición

Entre el 22 y el 31 de enero, el profesor Víctor Pérez Díaz, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense, dio en la Fundación Juan March un curso de cuatro conferencias con el título general de «La España de la transición» (*), haciendo un repaso general de los problemas cruciales que habían surgido en los últimos diez años. En su opinión, los españoles, en ese tiempo, «hemos sido capaces de una transición política en muchos casos admirable, de una mutación cultural hacia el sentido común y la tolerancia, manteniendo e incluso mejorando el clima social del país».

«Aunque demasiado próximos, quizá, para hacerles justicia, creo —comenzó diciendo el profesor Pérez Díaz— que los acontecimientos de estos años contienen la respuesta a cuatro siglos de incertidumbres españolas. Entre los años 1520 y 1570, España tomó decisiones cuyos efectos han gravitado sobre los cuatro siglos siguientes, y el núcleo central de estas decisiones fue el de fijar nuestro rumbo en dirección distinta a la del resto de Europa occidental y el de iniciar una historia desincronizada con la historia europea.»

«Es justamente ahora, en estos años de la transición, cuando se cierra, aparentemente, este proceso de desincronización. Por primera vez en nuestra historia “pertenece-mos” a Europa no por voluntad de pertenecer ni por nuestra ubicación geográfica, sino por lo que somos y lo que hemos hecho de nosotros mismos. La transición política ha sido y es la pieza clave y final de esta incorporación a Europa. Con ella España se ha puesto a la hora europea.»

A su juicio, el éxito de la transición se explica, en parte, por las condiciones favorables del contexto mundial, con una conciencia europea casi unánime de que no hay al-

ternativa deseable a la democracia liberal. «Este contexto político y geopolítico ha fijado claramente en la mentalidad de los españoles el objetivo moral de la creación de una democracia liberal. Pero si el contexto geopolítico nos ha ayudado, no está tan claro que haya ocurrido lo mismo con el contexto de la economía mundial.» Pese a la crisis, de todos modos, «la economía sigue creciendo y se muestra capaz de vivir con problemas manteniendo una salud envidiable». La transición, con todo, se ha logrado no sólo por el carácter favorable externo, sino porque se ha unido a ello el desarrollo y maduración histórica de los españoles.

«La España de la transición ha sido y es una España relativamente desideologizada, europea, homogénea, moderadamente privatizada o centrada en la familia, relativamente también satisfecha y pacificada, poco agresiva y poco autoritaria al menos por comparación con nuestro pasado. La clase política acometió con carácter prioritario la construcción de la democracia liberal y decidió que era preciso una política continuada de acuerdos políticos y sociales durante varios años. De este modo, los políticos han construido y representado, semidelibéramente, un teatro de la conciliación que quedará como uno de sus mayores aciertos.»

Tras señalar que en estos años los españoles han obtenido respuesta al interrogante de qué eran capaces de hacer en libertad, el profesor Pérez Díaz terminó su curso afirmando que los logros eran, a la vez, testimonio de nuestros límites.

(*) Títulos de las conferencias: «La hora de la transición»; «Las bases culturales de la sociedad española»; «Sociedad civil, Estado Democrático e identidad nacional» y «Crisis económica y formas de vida».



Víctor Pérez Díaz es catedrático de Sociología de la Complutense y director del Departamento de Investigaciones Sociales de la Fundación FIES. Es autor de libros como «Cambio tecnológico y procesos educativos en España» y «Clase obrera, orden social y conciencia de clase».

Andrés Amorós: Las búsquedas de Julio Cortázar

Al cumplirse en febrero un año de la muerte de Julio Cortázar, la Fundación dedicó uno de sus cursos universitarios al escritor argentino. Del 5 al 14 de ese mes, Andrés Amorós, catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense, habló a lo largo de cuatro conferencias sobre «Las búsquedas de Julio Cortázar» (*). La realidad fantástica, las novedades de su técnica narrativa, los juegos, el lenguaje, el tema de la búsqueda como claves de su obra y otros rasgos fueron analizados por Amorós en este ciclo.

Para Amorós, el universo narrativo de Julio Cortázar puede enfocarse desde cuatro puntos de vista, complementarios entre sí: la realidad fantástica, o más bien la irrupción de lo fantástico en medio de la realidad cotidiana; el sentido lúdico, unido a la búsqueda de un hombre nuevo y un mundo nuevo; la crítica que hace Cortázar a la literatura y lenguaje tradicionales; y el tema de la búsqueda —los perseguidores— como clave en su obra; son, todos ellos, rasgos que «convergen en su deseo de cambiar la realidad, en la búsqueda de un hombre y de un mundo nuevo en el que pueda darse la plena realización del individuo».

«Se trata —explicaba Amorós— de aprender a cambiar nuestra visión de lo conocido y ver las cosas de otra manera. Por ello, el discurso narrativo de Cortázar no sigue un único camino, sino que se abre, con frecuencia, en un abanico de posibilidades. El lector ha de colaborar y recrear la novela. El texto admite varias lecturas. Estamos no ante un puro esteticismo, sino ante una nueva manera de ver el mundo: la búsqueda de la pureza perdida, del paraíso perdido.»

La búsqueda. He aquí el tema clave de la literatura de Cortázar, para Amorós: «búsqueda a través del juego, del sentido del hu-

mor, a través de la literatura y a través del amor. Para Cortázar, el amor significa inventar, buscar. Creo que *Rayuela*, además de una biblia en prosa, una reflexión sobre la novela contemporánea y muchas otras cosas, es también una novela romántica, una historia de amor unida a la búsqueda existencial. Creo que Cortázar es un romántico por esa insatisfacción ante la realidad presente, la nostalgia permanente del paraíso perdido, la rebeldía ante lo que nos rodea».

«Los personajes de *Rayuela* se enredan en juegos interminables, y ello les permite asomarse a la otra realidad. La vida entera se identifica con el juego en *Rayuela*. Y esto también se extiende al oficio literario: «para mí escribir forma parte del mundo lúdico». Jugar, sobre todo, supone romper los barrotes y ejercitar la libertad.»

«Y el juego máximo en la obra de Cortázar es la *Rayuela*, figura básica. Este juego infantil va unido a su concepto de la filosofía oriental (mandala). Cortázar escoge, frente al camino racionalista de la civilización occidental, otro camino más intuitivo y menos racional. Frente al intelectual Oliveira, que siempre intenta razonar todo, la Maga comprende las cosas, es capaz de *tocar* la realidad, sin razonamientos.»

«La novela afectó especialmente a los jóvenes y sigue afectándolos. Quizá sea más atractiva para los que no han adquirido todavía el hábito de transigir, renunciar, adaptarse. O para los que sienten la nostalgia de cuando tenían la sensibilidad aún no resecada por la experiencia de la vida.»

(*) Títulos de las conferencias: «La realidad fantástica»; «Los juegos»; «En fin, literatura» y «Los perseguidores».



Andrés Amorós nació en Valencia en 1941. Crítico literario, es catedrático de Literatura Española de la Universidad Complutense. Premio Nacional de Crítica Literaria y de Ensayo, ha publicado, entre otros títulos, «Introducción a la novela contemporánea» y «La novela intelectual de Ramón Pérez de Ayala».

Pedro Cerezo Galán: La dialéctica de libertad y cultura

Sobre «La dialéctica de libertad y cultura» (*) versó el curso universitario que impartió, del 19 al 28 de febrero, Pedro Cerezo Galán, catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Granada, quien analizó en cuatro conferencias la relación dialéctica entre libertad y cultura, considerada desde el doble plano de la filosofía y las ciencias sociales, como introducción a una lectura de los conflictos inherentes a nuestra sociedad industrial avanzada. «Toda definición en concreto de la libertad exige referirse al régimen de instituciones culturales en que se encuentra operando. Este constituye su lugar específico de nacimiento. En cuanto conducta significativa por fines y valores, tiene que producirse, incluso cuando es subversiva, dentro de un marco institucional donde se contienen las pautas explícitas de comportamiento y el depósito de significación vigente en una sociedad determinada. No hay, pues, una libertad precultural o metacultural. Siempre la libertad se inscribe *en* una cultura y se realiza *como* cultura, en la misma medida en que no es naturaleza. Tanto los análisis fenomenológicos como los socio/antropológicos coinciden en este punto.»

«El comportamiento humano, a diferencia del animal, se caracteriza por la posibilidad de instituir un mundo objetivo, como su morada específica en la realidad. Como dice Merleau-Ponty, “no *tiene* significación, sino que *es* significación”; es decir, no se limita a organizar el espacio circundante sobre un montaje frío —impuesto por su sistema instintivo y el “a priori” sensoriomotriz de su especie—, sino que inviste de significación o de valor objetivo a los complejos estimulantes, al poder verlos tal como son en sí, esto es, más allá del valor funcional que tengan para su organismo.»

«Pero, a la vez que la libertad toma cuerpo

en la institución y en ella adquiere su figura social de existencia, también esas reglas objetivas del marco institucional condicionan de múltiples maneras el ejercicio de la libertad y hasta comprometen su autonomía. Esta ambivalencia es la base del conflicto cultural, la cara y la cruz de la libertad en el régimen institucional.»

«La esencia de ese conflicto define un típico fenómeno de alienación: las formas culturales adquieren autonomía funcional y acaban por imponerse a su propio creador. Se llega así a una inversión radical de la relación libertad/cultura. La vivencia de ese antagonismo entre cultura y vida/libertad origina los distintos fenómenos con que caracterizamos la crisis cultural: ante todo, la desorientación vital por falta de referencias objetivas (...). En consecuencia, toda crisis institucional libera una corriente de subjetividad y de libertad a la búsqueda de nueva institución.»

«La crisis de la razón occidental presenta, por un lado, el desarraigo de la razón y su pérdida de significación en la vida del hombre; y, de otro, la desorientación de la vida, entregada a instancias subjetivas irracionales (pasiones, sentimientos) o supraobjetivas institucionales, sin un criterio de juicio interior. La vuelta a Kant, cualesquiera que sean sus caminos, Teoría crítica de Frankfurt o Pragmática universal de Habermas, o Fenomenología de lo concreto (Merleau-Ponty), o neocontractualismo (Rawls), es el único camino para salir de la crisis de la razón.»

(*) Títulos de las conferencias: «Libertad e Institución»; «El conflicto de la cultura»; «El malestar de la civilización industrial» y «La crisis de la razón occidental».

Cara y cruz
de la libertad



Pedro Cerezo Galán, cordobés, nació en 1935. Es catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Granada y anteriormente lo fue de la de Barcelona. Ha sido decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Granada y fue secretario del Departamento de Filosofía de la Fundación Juan March.

Javier Muguerza: Ética y comunicación

Con el título genérico de «Ética y comunicación», el profesor de Ética Javier Muguerza impartió en la Fundación Juan March entre el 5 y 14 de marzo un ciclo de cuatro conferencias (*), en el que analizó el pensamiento ético-político de Habermas.

«Hasta fechas relativamente recientes —señaló el profesor Muguerza— la Teoría del Contrato Social había venido disfrutando en nuestro siglo de una extendida mala prensa que contrasta con la presente resurrección del interés por el contractualismo o neocontractualismo». Tras un recorrido histórico de las distintas corrientes y posiciones, Muguerza se detuvo en Jürgen Habermas: «Los comentaristas de Habermas que, como Rüdiger Bubner, han reparado expresamente en su contractualismo o neocontractualismo, no han dejado de asociar la posición habermasiana a la de un neocontractualista tan conspicuo como John Rawls. Mas no siempre han prestado la debida atención a las diferencias genealógicas entre Habermas y Rawls.»

Entre otras diferencias, Muguerza señaló ésta: «Mientras que Habermas no duda en reclamarse a su manera del marxismo, Rawls, hoy por hoy, tiene pendiente un ajuste de cuentas con el pensamiento marxista. De acuerdo en esto con los usos de la Escuela de Frankfurt, la aproximación de Habermas al marxismo se deja vertebrar en torno a una meditación sobre la “teoría de la racionalidad”. Podemos rastrear esa aproximación en la primera gran cristalización del pensamiento habermasiano —*Conocimiento e interés*— y otros trabajos conexos de finales de la década de los sesenta como *Técnica y ciencia como ideología*.»

En otro momento de sus conferencias, el profesor Muguerza aludió a la teoría del lenguaje de Habermas, que «inseparable para él

—como también sucede con su teoría del conocimiento— de la teoría social, se halla expuesta en una serie de trabajos de la década de los setenta —el más programático de los cuales es el titulado *¿Qué es la pragmática universal?*— decisivamente influyentes en el ulterior tratamiento habermasiano de temas tales como los “problemas de legitimación en el capitalismo tardío” o la “reconstrucción del materialismo histórico” y, por supuesto, en su propia interpretación del neocontractualismo».

A comienzos de los ochenta aparece un apéndice de *Teoría de la acción comunicativa*, titulado «Ética del discurso» y que es, a juicio de Muguerza, la cristalización de la ética comunicativa de Habermas. «Se concentra en este último trabajo en torno a esa variedad de la razón que se conoce bajo el nombre de razón práctica. Prosiguiendo su crítica de la hegemonía contemporánea de la razón instrumental, Habermas se pregunta si es preciso renunciar —como lo quería la lectura positivista de Max Weber— a justificar nuestros juicios éticos por medio de razones. Su ética del discurso es, en rigor, un alegato contra dicha renuncia.»

Se refirió Muguerza, siguiendo el pensamiento de Habermas, al diálogo político como fundamentación racional del consenso. «A mi modo de ver, la crítica más contundente al modelo consensual del diálogo habermasiano procede del marxismo, aunque no del marxismo, digamos, ortodoxo. Agnes Heller reconoce abiertamente que la “comunicación libre de dominación” constituye en nuestros días el objetivo emancipatorio prioritario.»

(*) Títulos de las conferencias: «La teoría del contrato social, de ayer a hoy»; «Neocontractualismo y ética comunicativa»; «Ética comunicativa y teoría de la democracia» y «Más allá del contrato social».



Javier Muguerza, malagueño, es catedrático de Ética y director del Departamento de Filosofía Moral y Política de la UNED. Ha sido becado por la Fundación Juan March en Nueva York. Es autor, entre otros libros, de «La concepción analítica de la filosofía», «La razón sin esperanza» y «Desde la perplejidad».

Christoph Müller: Hermann Heller y el Estado contemporáneo

Hermann Heller fue un jurista socialdemócrata alemán cuya Teoría del Estado analizó los días 16 y 18 de abril el profesor de la Universidad Libre de Berlín, Christoph Müller, en el curso que impartió en la Fundación titulado «Hermann Heller y el Estado Contemporáneo», de dos lecciones (*).

«La experiencia de Weimar —comenzó diciendo el profesor Müller en su primera intervención que dedicó a la República de Weimar— tiene una gran importancia para nosotros. Un período que parece tan remoto, pero que en realidad está aún presente. En la Alemania de hoy atravesamos una crisis que, en ciertos aspectos, nos recuerda a los días transcurridos entre las dos guerras mundiales. Tenemos como telón de fondo las ruinas de la Constitución de Weimar, que no fue solamente el fracaso de un sistema político, sino que significó una destrucción de la civilización humana muy grave.»

Su intención fue la de considerar algunos puntos en los que, en la obra de Heller, se reflejaron los problemas reales de Weimar. «Heller entendió su teoría como “una ciencia de la realidad”. Por ello es legítimo medir su obra con la realidad política de su época, es decir, con el fracaso de la República de Weimar. Cerca del fin de la Primera Guerra Mundial se enfrentaban dos hipótesis fundamentales, que eran absolutamente contradictorias: reforma o revolución. Según una hipótesis, existía sólo el camino revolucionario para salir de la crisis mundial. La otra, actualmente la más difundida, se acoge al pensamiento contrario: busca el socialismo democrático a través de la reforma de la sociedad capitalista.»

«Resulta evidente que Heller no era partidario de la primera hipótesis. Sus escritos expresan fuera de toda duda que él repre-

senta la línea reformista. La Teoría del Estado de Heller, que no logró alcanzar ningún efecto comprobado para la praxis en la República de Weimar, presenta en todo caso una elaboración en torno a esa realidad que ha permanecido para nosotros como de un gran valor.»

«La Ley Fundamental de la República de Bonn ha tomado la fórmula de Heller del Estado de Derecho democrático y social en dos partes. Hay confirmaciones de que, en su época, en el Consejo Parlamentario, se pensó en Heller. Pero, por supuesto, la Constitución contenida en la Ley Fundamental no ha acogido la Teoría del Estado de Heller. Hasta ahora, constituye más bien una especie de decoración que se le ha puesto a nuestra Constitución al adornarla con la fórmula de Heller. Cambiaron muchos factores en las estructuras fundamentales entre la República de Weimar y la de Bonn. Es precisamente Carl Schmitt, el principal adversario de Heller en los tiempos de Weimar, el que ha impregnado, en mi opinión, la estructura de la ley Fundamental de Bonn mucho más de lo que se cree generalmente. La Ley Fundamental se colocó en contra de la concepción de Hans Kelsen y de Hermann Heller y si nos damos cuenta de los problemas que tenemos por delante, no creo que haya sido bueno rechazar los puntos de vista de Heller y Kelsen.» Acabó diciendo el profesor Müller: «No se puede sostener que Heller, que no pudo lograr audiencia en la República de Weimar, haya encontrado un lugar firme en la República Federal. La verdad es que Heller, antes de todo, tiene que ser descubierto en la República Federal de Alemania.»

(*) Títulos de las conferencias: «El modelo de la República de Weimar» y «La República de Bonn»

Línea reformista



Christoph Müller es catedrático de Derecho del Estado y Ciencia Política de la Universidad Libre de Berlín y entre 1965 y 1966 preparó las obras completas de Heller. Es autor, entre otros, de los siguientes trabajos: «El Estado Social de Derecho»; «En memoria de Hermann Heller» y «La Teoría del Estado de Hans Kelsen».

Coordinado por el profesor **José Luis Peset**, se desarrolló en la **Fundación Juan March** entre los días 23 de abril y 14 de mayo un ciclo de seis conferencias sobre «Pasado, presente y futuro de la Universidad Española». En el mismo intervinieron, además de **José Luis Peset**, que abrió el ciclo, **Elena Hernández Sandoica**, **Antonio Lafuente**, **Juan Gutiérrez Cuadrado**, **Mariano Peset** y **Alejandro Nieto** (*).

Con la excepción del profesor Nieto, estos profesores forman un equipo que, desde 1980, con ayuda de la Fundación, han trabajado en un amplio estudio sobre la Universidad Española, cuyos primeros frutos fueron las conferencias dadas, que serían posteriormente recogidas íntegras en un volumen de la «Serie Universitaria». El trabajo, resumido en este ciclo, ha sido calificado por el profesor Antonio Domínguez Ortiz como «una de las más valiosas aportaciones al conocimiento de nuestra cultura.»

Para el profesor **José Luis Peset**, que tituló su conferencia «Una herencia secular», la historia de la Universidad es «la historia de un gran mito: el mito de la autonomía universitaria». Tras recordar los diversos tipos de Universidades que se dieron en España en sucesivos siglos, José Luis Peset señaló que «la libertad de enseñanza es la clave del siglo XX, que abrirá la puerta a aquellos que no soportaban la esquilhada Universidad de fin de siglo, y que cristalizará en las peticiones de autonomía que desde hace un siglo y hasta el día de hoy se repiten machaconamente».

El papel fundamental desempeñado por la Universidad de Madrid, conocida como la «Central», es lo que destacó en su intervención la profesora **Elena Hernández Sandoica**. Cerrada la tradicional de Alcalá, surge a mediados del siglo pasado la «Central», cerca del poder político. Esta Universidad es «voluntariamente concebida como piedra de toque de la experiencia universitaria burguesa». Contagiada pronto de los males y resabios del antiguo modelo universitario, aportó rasgos claramente modernos y, en cierto modo, en su opinión, logró ser la «Central».

El profesor **Antonio Lafuente** se ocupó de las polémicas despertadas por la ciencia en España que, a su juicio, no encontró acomodo a lo largo del siglo XIX, a cuya ruidosa polémica («se debatirán la mayor o menor capacidad de los españoles para el



José Luis Peset es vicepresidente del Instituto «Arnau de Vilanova», del CSIC y fue miembro fundador y vicepresidente de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias. Es autor de una docena de libros, como «La Universidad española» y «El reformismo de Carlos III y la Universidad de Salamanca».



Elena Hernández Sandoica es profesora titulada de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense. Ha trabajado en cuatro áreas fundamentalmente: la Historia de España, la política colonial en el siglo XIX, la Universidad española Moderna y Contemporánea y la Geografía en la España del XIX.



Antonio Lafuente es profesor ayudante del Departamento de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense, habiendo colaborado con el Instituto «Arnau de Vilanova» del CSIC. Como historiador de las ciencias completó su formación en el Centre Alexandre Koyré, de París.

ejercicio de las ciencias positivas y las razones por las que se ha contribuido tan escasamente al desarrollo de la ciencia moderna») dedicó su intervención. En su opinión, salvo excepciones y períodos cortos, trabajos personales e individualizados, «la ciencia no ha desempeñado un papel comparable al que conocemos para otros países».

Si la ciencia había sido objeto de la investigación del profesor Lafuente, de la lengua se ocupó el profesor **Juan Gutiérrez Cuadrado**, quien acotó su campo de análisis con dos fechas: 1857, Ley Moyano, y 1931, proclamación de la II República. «Durante ese largo período de tiempo se fue institucionalizando la ciencia del lenguaje, sobre todo la Gramática Histórica.»

Se sorprendió el profesor Gutiérrez de la escasa atención que se prestaba entonces en la Universidad a los problemas lingüísticos, en un Estado como España en el que convivían tantas y dispares lenguas, en el que apenas crecía la filología castellana y escasamente el resto.

Mariano Peset, que analizó la autonomía universitaria desde la Restauración hasta la Segunda República, señaló que, en su opinión, aquella era «un reflejo de sentimientos más generales acerca de la estructura política española y un ideal a alcanzar que no se cumple en el período». Se detuvo en tres momentos de esa pretendida autonomía, que exige en 1896 el claustro de la Universidad Central. El tímido intento que le dejó el conservador García Alix al liberal Romanones; el avance que supuso en 1919 el decreto del ministro Silió, que los mismos catedráticos hicieron naufragar; y los intentos de la Constitución de 1931.

El ciclo concluyó con la intervención del profesor **Alejandro Nieto**, quien se ocupó de la Universidad del mañana.

El futuro de la Universidad pasa, en su opinión, por una homologación formal con las Universidades desarrolladas, evitando la

funcionalidad de la Universidad actual (estudios que sirven de «aparcamiento de paro juvenil», degradación de unos títulos que no «capacitan para un trabajo social dentro del proceso productivo» y dependencia absoluta del extranjero). Una auténtica autonomía, la intervención de las Comunidades autónomas y el ingreso de España en la CEE, podrían mejorar —señaló— el panorama que, si no, corre el peligro de que «se ancle por muchos años en el modelo tercermundista y las Universidades se conviertan en una estructura costosa, desestabilizadora, ineficaz y ritualista».

¿Auténtica autonomía?

(*) Títulos de las conferencias: «Una herencia secular»; «La Universidad Central»; «Las polémicas sobre la ciencia»; «La lengua a debate»; «La autonomía de las Universidades españolas» y «El futuro de una Universidad en crisis».



Juan Gutiérrez Cuadrado es catedrático de Lengua y Literatura Españolas en la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de la Universidad de Barcelona. Ha sido becado por la Fundación Juan March. Autor de libros sobre filología medieval y de historia de la lingüística.



Mariano Peset es profesor titular de Historia del Derecho de la Universidad de Valencia. Ha trabajado fundamentalmente sobre historia de las Universidades españolas y sobre historia de la epidemiología. Ha escrito varios libros, muchos de ellos en colaboración con José Luis Peset.

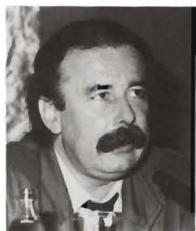


Alejandro Nieto es catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad de Alcalá. Ha sido vicerrector y decano en varias universidades y facultades. De 1980 a 1983 fue presidente del CSIC. Ha escrito «La ideología revolucionaria de los estudiantes europeos», «La tribu universitaria», etc.

Juan Cueto: Comunicación y cultura

En la primera quincena de octubre, entre el 8 y el 15, el escritor y periodista **Juan Cueto** impartió un curso en la Fundación sobre «Comunicación y cultura» (*). «Estas charlas —explicó Cueto, al iniciar la primera de ellas— no tratan de la comunicación y la cultura desde presupuestos académicos y metodológicos, sino que utilizan este título genérico para reflexionar en voz alta sobre los acontecimientos centrales de este fin de siglo, la comunicación y la cultura como eje.»

Tras explicar qué entendía por «mitologías», «modernidad» y «fin de siglo», afirmó que el principal mito de la modernidad era la propia noción de modernidad. «Mi primera hipótesis es que cuando se origina la modernidad, cuando se funda en nuestra cultura esa idea en la cual todavía estamos instalados, o mejor, tambaleantes, se funda también una nueva mitología en la civilización occidental. Mi segunda hipótesis es que cuando esa idea de modernidad entra en crisis, cuando se descompone el mito de la modernidad, se origina un aluvión de nuevos comportamientos individuales y actitudes sociales que pocas veces merecen el nombre de mitos.»



Juan Cueto nació en Oviedo en 1942. Es licenciado en Derecho, Ciencias Políticas y Periodismo. Es director de la revista cultural «Cuadernos del Norte». Escribe regularmente en «El País» y es Premio González Ruano de Periodismo. Es autor, entre otros libros, de «La sociedad de consumo de masas» y «Mitología de la Modernidad».

«Las nuevas tecnologías han modificado los tradicionales escenarios sociales e individuales donde se operaba la comunicación y la cultura. Esta variación es la fuente de todos los malentendidos, polémicas y follones callejeros que protagoniza el término posmodernidad. Se habla de fin de la modernidad, sencillamente, porque la noción del tiempo presente ha variado, porque los espacios donde se produce, se representa y se consume el acontecimiento de comunicación y de cultura son nuevos.»

En su opinión, son cinco los rasgos que definen y distinguen esta era de otras anterior-

es: velocidad, invisibilidad, memoria, universalidad y complejidad. Una era, además, presidida por las nuevas tecnologías que, para Cueto y respecto a España, han sido adelantadas por el «discurso catastrofista o pesimista sobre las nuevas tecnologías», que han llegado a este país por el consumo y no por la producción.

El mundo va hacia una sociedad compleja, en el que «el futuro ya no es lo que era», en frase de Paul Valéry, que recordó Cueto. «El desconcierto del presente viene originado fundamentalmente por esa serie de mutaciones vertiginosas que se han ido sucediendo en los últimos tiempos en los ámbitos tecnológicos, científicos, culturales y económicos, y que han ido diseñando caóticamente esos nuevos escenarios sociales individuales.»

A su juicio, no sólo ha entrado en crisis un modelo de sociedad, sino también y sobre todo, «aquél modelo de futuro en el que se reconocían y proyectaban las sociedades de la primera y segunda industrialización, la sociedad de la producción y la sociedad de consumo». Esto no significa que la idea de progreso sea una idea muerta. «El creciente protagonismo de la ciencia y de la tecnología, especialmente en los ámbitos culturales y de comunicación humana, ha impuesto un modelo de racionalidad distinto con el fin de “simular” más adecuadamente la “nueva realidad” emergente y con el fin de diseñar la noción de progreso (y de utopía), de acuerdo con esquemas mentales algo más complejos que los de adicción, linealidad o continuidad.»

(*) Títulos de las conferencias: «Mitologías de la modernidad en el fin de siglo»;

«Escenarios sociales e individuales de la nueva comunicación»; «Cultura y nuevas tecnologías» y «De la sociedad perpleja a la sociedad compleja».

Gonzalo Anes: Obstáculos al crecimiento en la España moderna y contemporánea

Una síntesis de la economía española en sus diversos sectores, desde el siglo XVI al XIX, fue el tema del ciclo de conferencias que, con el título «Obstáculos al crecimiento en la España moderna y contemporánea» (*) impartió del 22 al 31 de octubre Gonzalo Anes, catedrático de Historia Económica de la Universidad Complutense.

Señalaba el profesor Anes, al abordar el crecimiento económico español en el siglo XVI, en plena expansión ultramarina que, si bien el comercio con Indias en ese primer período (desde el Descubrimiento hasta mediados del siglo XVI) aportó algunas cantidades de oro y productos tropicales, «la prosperidad castellana durante la primera mitad del siglo XVI se debió a las propias posibilidades y al esfuerzo de los castellanos en su tierra. No la originó la relación ultramarina». El incremento de la producción, la especialización de cultivos, el aumento de la liquidez real y, como consecuencia, el aumento de la demanda de bienes y servicios constituyen un balance de la aportación a España del comercio con Indias en esa centuria.

Se produjeron toda una serie de cambios positivos en los sectores agrario y ganadero, paralelamente a la subida de los precios en el siglo XVI. Sin embargo, hubo obstáculos al desarrollo agrario —apuntó Anes—, tales como los impuestos «por la naturaleza», la creciente presión fiscal y la limitación a las iniciativas individuales: el reforzamiento de los gremios, que protegió unos sectores a expensas de otros. «Deficiencias de calidad y dificultades cada vez mayores para que la producción manufacturera castellana pudiera competir con la extranjera fueron los resultados.»

Otra de las cuestiones abordadas por el conferenciante fue la pretendida «decaden-

cia» española en el siglo XVII, más intensa en nuestro país que en otros países de Europa. El análisis de Anes induce a matizar tal concepto, admitido por los historiadores: no hubo más ni más graves mortandades que las que hubo antes y después de esa centuria; el éxodo rural y despoblación quedaron compensados con el aumento de población en Madrid y en distintos núcleos urbanos del sur. Además, la despoblación dio lugar a una reorganización provechosa de cultivos y pastos. El aumento del consumo de lujo, el auge de la construcción de edificios públicos y privados, las medidas de fomento del comercio y de la industria fueron otros tantos factores que contribuyen a que pueda considerarse la época de Carlos II como un antecedente de las actuaciones de los ilustrados.

Anes analizó detenidamente el *Informe sobre la ley Agraria* de Jovellanos, en el contexto económico español del siglo XVIII, y la serie de medidas legales adoptadas a finales de esa centuria, bajo la influencia de las ideas de Adam Smith, y que «son muestra de que se iba abriendo paso la actitud racional de remover obstáculos legales y de facilitar el desarrollo de las actividades productivas». Finalmente, Anes abordó en su última lección la polémica entre librecambistas y proteccionistas a lo largo del siglo XIX, cuando rivalizaron en imponer su postura aquellos que defendían el fomento de la agricultura y la ganadería mediante su protección y aquellos que eran partidarios de la libertad en el comercio interior.

(*) Títulos de las conferencias: «Crecimiento económico y expansión ultramarina»; «La pretendida "decadencia" en la España del XVII»; «Reformismo y crecimiento en la España de la Ilustración» y «Libertad e intervencionismo en la España contemporánea».

La pretendida «decadencia» del XVII



Gonzalo Anes es, desde 1968, catedrático de Historia Económica en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense. Es académico de número de la Real Academia de la Historia y consejero del Banco de España desde 1980. Desde 1967 dirige la revista «Moneda y Crédito».

Repaso al teatro español contemporáneo

El teatro español contemporáneo fue objeto de un ciclo de conferencias celebrado en la Fundación del 19 de noviembre al 5 de diciembre, en el que intervinieron el profesor **Andrés Amorós**, coordinador del ciclo, quien se refirió al estudio del teatro; **Fernando Fernán Gómez**, que habló sobre los

actores; **Antonio Buero Vallejo**, sobre sus autores preferidos; **Adolfo Marsillach**, sobre su tiempo teatral; **Nuria Espert**, quien recordó a sus directores de escena; y **Francisco Nieva**, que cerró el ciclo con una charla sobre la escenografía. El ciclo se acompañó de una exposición gráfica sobre teatro.

«Desconocimiento de nuestro teatro»



Andrés Amorós

Como profesor y crítico de teatro, Andrés Amorós se lamentó de que el estudio del teatro se siga reduciendo al estudio del texto: «El teatro es espectáculo y comunicación con el público. Solemos abordar el estudio del teatro dentro de la historia de la literatura, como un género más. No se suele hablar de la realidad escénica, ese algo fascinante y mágico que es la “teatralidad”.» Para Amorós, «existe un gran desconocimiento sobre zonas inmensas de nuestro

teatro contemporáneo. La crítica teatral en España está mucho más atrasada que la de novela o poesía». La biblioteca tradicional no basta para adentrarse en el conocimiento del teatro; se precisan toda una serie de materiales documentales que nos ayudan a comprender el fenómeno escénico en su totalidad: las escenografías, figurines, decorados, el estudio de la cartelera, de los gustos del público, de locales escénicos y de muchos otros aspectos del fenómeno teatral.

«El actor y los demás»



Fernando Fernán Gómez

Fernando Fernán Gómez describió la consideración social del «cómic», viendo en el origen de esa tradicional animadversión de los demás la esencia misma de la vocación teatral; «que el fingir, mostrar diversas personalidades sea ocupación remunerada, hiere la sensibilidad de los demás.»

«El actor en su juego se sincera, se realiza y se declara, se pone en evidencia sin rubor, sin sentido del ridículo. Pero eso está

en desacuerdo con el sentir de los demás.»

«El niño quiere ser un día barbero, al siguiente cosmonauta o limpiabotas... La vocación de actor delata, en parte, este infantilismo. Ese deseo de multiplicarse, de vivir varias vidas, es uno de los deseos más inherentes al hombre y con la edad es sofrenado por la razón y las conveniencias. Un actor, a lo largo de su carrera, llega a tener las más diversas personalidades.»

«La tragedia, corazón del teatro»



Antonio Buero Vallejo

«Preferimos a unos determinados autores porque han sido hermanos mayores o padres de nuestra propia alma, de nuestra obra», dijo Antonio Buero Vallejo, quien aludió, uno por uno, a sus autores preferidos, en su mayoría autores de tragedias, «porque —dijo— la misión del teatro no es solamente dar obras de arte bellas sino que sean significativas de los enigmas del hombre y estos enigmas, con frecuencia, adquieren un perfil trágico».

«La tragedia, en definitiva, nos impone un problema ético. Se dice que la tragedia ha muerto o que está a punto de morir. Yo no lo creo. La tragedia seguirá siendo el corazón del teatro. Y tampoco creo que el teatro pueda prescindir de los grandes autores.»

«Bienvenidas sean todas las experiencias teatrales de vanguardia, pero es ingenuo suponer que lleguen a desplazar al teatro de autor, cuando éste es grande.»

Adolfo Marsillach

Opinó Adolfo Marsillach que «el teatro no muere, lo que está muriendo es una forma determinada de hacerlo». Además de mantener un coloquio con Andrés Amorós, Marsillach leyó un texto sobre la presunta muerte del teatro, aludiendo a la crisis de autores, al papel del público, al cine y la televisión, a las distintas ofertas de ocio, al teatro público y al privado, a las subvenciones. «Yo pienso que el teatro se va a convertir en un artículo de lujo, un producto

subvencionado, al que habrá que ir por obligación cultural, sin apasionamiento.

Hasta la invención del cine, la sociedad iba al teatro para oír historias. Esto ha cambiado con el cine y, sobre todo, con la televisión. Hoy se sale menos y aún menos todavía al teatro. Se precisa, pues, un teatro vivo. El público antes se sentía identificado con lo que se decía en un escenario. Ahora, ya no tanto: tiene otros canales. Al teatro el cine le dió un susto fenomenal.»

«El teatro, un artículo de lujo»



Nuria Espert

Para Nuria Espert, «hablar de mis directores de escena es como hablar de mi carrera, porque una carrera de actriz autodidacta como la mía tiene que estar marcada por esos hombres que han pasado por ella, hasta convertirme en lo que soy». Con todos aprendió, a todos se siente agradecida y a todos recordó, desde sus comienzos en el Teatro Romea de Barcelona, en los años cuarenta, donde la vio Esteban Polls y la llevó a trabajar con él. «A mis dieciséis

años, aquélla fue una experiencia magnífica; él trató de obtener lo mejor de mí; aprendí el setenta por ciento de lo que sé.»

También habló, entre otros, de Víctor García: «en *Las criadas*, Víctor consiguió de nosotras lo que nadie ha conseguido de una actriz»; y de «un jovencísimo y valiosísimo Lluís Pasqual, con quien hice a Espriú. Jorge Lavelli, un genio, me dirigió en *Doña Rosita la soltera* y *La Tempestad*».

«Mi carrera, marcada por los directores»



Francisco Nieva

A los siete años, Francisco Nieva vio su primera obra de teatro y al día siguiente dibujó las escenas que más le habían interesado. Así nació su vocación escenográfica. En su intervención, Nieva se ocupó de los grandes escenógrafos extranjeros y españoles. «El teatro de ideas —dijo— ha convertido los teatros en guardamuebles. Cada montaje es un ajuar y toda obra que pide un ajuar es una obra mala. De mi experiencia con la escenografía he llegado a extraer una conclusión: precisamente porque he practi-

cado esas escenografías materialistas, sólidas, espaciales, estoy convencido de que seguir haciéndolo ya no conduce a ninguna parte. Un sistema para saber si un determinado teatro es realmente un buen teatro consiste en adivinar si soportaría unas decoraciones de tela, con todo pintado.» Sobre la escenografía española dijo que su historia es «una no historia, y como ha ido tan a la zaga, estamos preparados para practicar lo modernísimo, porque no hemos pasado todavía por lo moderno».

«Los teatros se han convertido en guardamuebles»



Marina Mayoral: Rosalía en su centenario

El 15 de julio de 1985 se celebraron los cien años de la muerte de Rosalía de Castro. Con este motivo, la profesora Marina Mayoral dio en la Fundación Juan March, entre los días 5 y 14 de noviembre, un curso titulado «Rosalía en su centenario» (*). De las muchas imágenes que han llegado de la escritora gallega, hay una en especial grata a la profesora Mayoral: «La Rosalía más universal, la que consigue poemas de gran belleza literaria, poemas que responden a la vivencia de una soledad radical, es la que más me interesa.»

En su primera intervención, Marina Mayoral se centró en la vida de Rosalía, pues aun cuando «no existe una gran documentación sobre Rosalía de Castro, con la que hay, puede hacerse ya una idea de las circunstancias personales que la marcaron y, consiguientemente, marcaron su obra». Rosalía nació en 1837, «hija de padres incógnitos», en realidad fue hija de un clérigo. «Era un desdoro que fuera hija de sacerdote quien, además de figura literaria, acabaría convirtiéndose en la encarnación del pueblo gallego, en su alma mater.»

La profesora Mayoral fue deteniéndose en los datos biográficos de quien se lanza, a los veinte años, a la palestra literaria con un libro «La flor», que merecerá una crítica de Manuel Murguía, con quien se casaría poco después. Su primera novela es «La hija del mar» y en el prólogo justifica por qué publica siendo mujer.

Así va haciendo, ayudada y presionada por su marido, toda su obra, aquella que le ha dado, en castellano y gallego, celebridad y reconocimiento. Para Marina Mayoral, las circunstancias personales de Rosalía despertan en ella una conciencia social ya vista desde «Cantares gallegos». «Rosalía se adentra en los problemas de la sociedad con

una conciencia social moderna.» Se acerca a los seres marginales que tiene próximos, pero también «hacia la gran marginada de su época: la propia Galicia, levantando el estandarte de la reivindicación lingüística y social.»

En «Cantares gallegos» asoma la Galicia desenfadada y alegre; en «Follas novas», por el contrario, predomina la Galicia trágica, la de la emigración. «Es un libro en el que hay violencia, rebelión ante la injusticia, incitación a la revuelta, y todo ello puesto en boca de la mujer.»

Hay también otra Rosalía, en opinión de la profesora Mayoral, es la Rosalía íntima, «entregada a sí misma, a sus dolores, a su intimidad, a su última verdad». Deja traslucir su visión negativa del amor, al que se enfrenta, en opinión de Marina Mayoral, con un prejuicio heredado. El amor, lo dice en sus obras, es un espejismo, una ilusión que se desvanece con el tiempo. El dolor, la existencia, la muerte, son también constantes de su obra. «Se nos muestra serena ante la muerte, comprensiva ante el dolor, aceptarlo es justificarlo. Esta es la verdadera imagen de Rosalía, una mujer sola con el dolor como compañero.»

Una mujer, además, interesada por el mundo de las sombras. «Ella tiene necesidad de creer, porque tiene necesidad de volver a ver a sus seres queridos. Tiene que haber otro mundo, un más allá, en donde estén sus seres queridos. Ella trata con toda naturalidad a las sombras, las dignifica, ella va al cementerio a hablar con sus sombras. Rosalía no fue nunca una Rosalía llorona, blanda.»

(*) Títulos de las conferencias: «Circunstancias biográficas»; «La poesía social»; «La poesía existencial» y «El mundo de las sombras».



Marina Mayoral es profesora titular de Literatura Española en la Universidad Complutense. Ha publicado varios libros y ediciones anotadas sobre Rosalía, además de otros estudios sobre Pardo Bazán, Miguel Hernández, Bécquer, etc. Es también novelista, autora de varias novelas, con las que ha conseguido varios premios.